

VOL. 1 N° 8

ENERO 1954

Mirada



REVISTA MENSUAL
de fantasía científica

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica.

AÑO 1 — N.º 8
ENERO 1954
**MÁS ALLÁ DE LA CIENCIA
Y DE LA FANTASÍA**

Revista mensual de aventuras apasionantes en el mundo de la magia científica

SUMARIO

NOVELA COMPLETA:

SOLO LA MENTE, por J. T. M'INTOSH
*¿Cómo puede estar amordazada por un enigma una
rebelión interplanetaria?*

TRES CUENTOS DE LESTER DEL REY:

MISIÓN TENEBROSA
Cumplir es fácil, si los demás cooperan

FIDELIDAD
El mejor amigo progresa, pero no cambia

EL ÚLTIMO NEANDERTAL
*Resplandor en el peldaño de arriba, sangre en el de
abajo*

OTROS CUENTOS:

EL ENIGMA DE BALAK, por ROGER DEE
Si un hombre es un hombre, es un hombre

¡AGARREN AL MARCIANO!, por DAMON KNIGHT
El arma más despreocupada del universo

NICTÁLOPES, por ABEL ASQUINI
El tercer cuento de la serie «Los crímenes del LIO»

EL TIEMPO DESINTEGRADO, por JULIO ALMADA
El desbarajuste del infinito

ARTÍCULOS CIENTÍFICOS:

VELOCIDADES SUPERSÓNICAS

CARBONO-14 Y LA ÉPOCA GLACIAL, por WILLY LEY

NOVEDADES CÓSMICAS:

LA CONQUISTA DEL ESPACIO (VIII), por WILLY LEY Y
CHESLEY BONESTELL
Cohetes y trayectorias

ESPACIOTEST

CONTESTANDO A LOS LECTORES

EDITORIAL

ILUSTRACIÓN DE LA TAPA

Por Mel Hunter

Durante un viaje interplanetario, será una experiencia inolvidable, cargada de indecible emoción, la de flotar en el espacio. Y el cambio de una pesadísima pieza de metal superduro será operación más sencilla que el cambio de una piedra de encendedor en la superficie de la Tierra.

EL ORGULLO DE LA IMAGINACIÓN

EDITORIAL

¡**Q**UÉ manifestación de desmedido orgullo fue designar *Homo sapiens* al ser viviente comúnmente conocido como *hombre*! El hombre, frente a la naturaleza, es una cosa casi insignificante. Por más que se esfuerce, sus obras más gigantescas no logran cambiar sino detalles desprovistos de verdadero valor sobre la cara de la Tierra, y de ninguna manera afectan lo que está un poquito más abajo o un poquito más arriba de la superficie terrestre, sobre la cual el hombre se arrastra con lentitud y con dificultad. Sus monumentos y construcciones más imponentes —las pirámides egipcias, las represas hidroeléctricas, hasta las más grandes ciudades— no podrían ser percibidas desde la Luna, que está tan cerca, sin el auxilio de un telescopio muy potente.

Un paso más en el infinito, y las huellas materiales dejadas por siglos de civilización, de luchas, de sufrimientos, de glorias, se tornan imperceptibles.

Estamos muy orgullosos de nuestros aparatos voladores y de nuestras maquinarias, pero pensemos que todo lo que nuestra técnica ha podido hacer es elevarse por encima de la superficie hasta una altitud que corresponde a 0,17 % del diámetro terrestre, o internarse debajo de ella hasta el 0,037 % del mismo diámetro... Y la entera raza humana, 2500 millones de personas, podría caber cómodamente —aunque usted no lo crea— en un cubo de 800 metros de

largo, 800 metros de ancho, y 800 metros de alto. ¿Y qué es la vida de un hombre, esos efímeros 65 o 70 años, en comparación con la vida de la Galaxia, tan enorme que no podemos siquiera concebirla, y tal que en el esfuerzo de pensarlo se confunden sin remedio nuestras infantiles nociones de tiempo y de espacio? Y cuán lento es el progreso del hombre en relación a la brevedad de su vida, por el hecho de que nadie puede transmitir sus conocimientos, sus experiencias, su sabiduría, su genio, a las generaciones que le siguen, sino que cada uno de nosotros tiene que repetir, en el curso de su juventud, el mismo camino recorrido por todas las generaciones del pasado...

Si pensáramos a menudo en estas limitaciones nuestras, nos sobrecogería una sensación de profundísima humildad, y llegaríamos a creer que este mundo no está hecho para el hombre, sino para los dio-



ses, tan grande ello es en todo sentido.

Sin embargo, por un mecanismo de defensa psicológica, muy poco medítamos sobre estos temas aterradores. Más nos gusta creer que el hombre es el amo de la naturaleza, que puede o podrá dominarla, y dejarnos ilusionar por nuestras ambiciones.



En el reino de la fantasía, especialmente si ella está acompañada por una base científica que sustente y apoye nuestra razón y nuestra lógica, todo obstáculo desaparece, todo límite es franqueado. En este reino, la Tierra, con su gigantesca mole y sus desconocidos misterios, ya no atemoriza al hombre, insignificante y minúsculo ser que parasitariamente la habita. Las posiciones son invertidas: el hombre, sabio, fuerte e invencible, recorre el universo, dominándolo y organizándolo, dando así forma concreta a su anhelo de infinito, a sus deseos inexpressados y secretos. Y la Tierra, pequeña y acogedora, en un rincón del Universo, da vueltas apaciblemente alrededor del Sol, ya ella vuelven, como una madre buena y venerable, sus hijos cansados de aventuras...

EN este número publicamos tres cuentos de Lester del Rey. El carácter de este escritor es terriblemente rebelde y variado. Con toda probabilidad, esto se debe a haber nacido en 1915, bajo el ambiguo signo de los Géminis. Su personalidad está dividida entre un altanero desprecio por toda actividad y una curiosidad desesperadamente insaciable. Las dos cosas son evidentemente incompatibles, y Lester se dio cuenta de ello al descubrir que para sustentar las dos personalidades que la astrología le había asignado, era

menester hacer algo más que contemplar los misterios de la naturaleza. Así nació un escritor: era quizá inevitable que sus rebeliones contra el destino, su búsqueda de la utopía que todo lo resuelve, lo llevaran al mundo que está más allá de la ciencia y de la fantasía.



EL ENIGMA DE BALAK

Por ROGER DEE



Ilustrado por Dick Francis

Un hombre es algo más que un conjunto de elementos: disociándolos, se descubre el secreto de su interrelación.

ME he convencido de que uno no puede aburrirse en el trabajo de Explotaciones Solares: nunca es monótono, especialmente en ciertos agradables y pequeños lugares.

Tomo como ejemplo el descubrimiento de Balak por el E. S. 2100. Balak es un pequeño planeta que gira alrededor de 70 Ofiuchi, a unos 20000 años luz de la Tierra. Uno nunca esperaría encontrarse, en una pequeña nuez como esa,

con la mayor raza de cirujanos de toda la Galaxia (plásticos, neurales o lo que se quiera). Tampoco se esperaba que cuatro hombres como nosotros tuviésemos que resolver el problema de vida o muerte que nos propusieron allí.

Y, si por algún don profético, se pudiesen prever ambas cosas, sería imposible anticipar la solución que le dimos nosotros.

EL capitán Corelli, Gibbons y yo apenas nos habíamos alejado unos cien metros del E. S. 2100, cuando nos encontramos con el primer balakiano, o para ser más exactos, cuando él nos encontró a nosotros.

Corelli y yo estábamos llenando con muestras de suelo y vegetación nuestros recipientes esterilizados, mientras con ojo prudente vigilábamos los alrededores, en previsión de posibles enemigos. Cuando apareció el nativo, Gibbons, nuestro ecólogo y el científico más importante de la tripulación, se hallaba observando un enjambre de pequeños gusanos dodecápodos, ocupados en polinizar por la copa un arbusto enano, y en recoger como retribución de su trabajo gotas de savia blanca, que el arbusto rezumaba por la parte inferior. A Gibbons le brillaban los ojos detrás de sus lentes y rezongaba para sí mismo en una melopea complaciente.

—Comunícate con la nave —le dijo el capitán Corelli—, y pídele al Curandero (si es que puedes arrancar a ese idiota hipocondríaco de sus gárgaras y pulverizaciones germicidas) que nos traiga un recipiente para ejemplares vivos. Hemos tropezado con algo realmente nuevo: ¡una simbiosis consciente entre formas de vida completamente distintas entre sí! Si el resto de la fauna y de la flora cooperan de esta manera...

Por el momento, el descubrimiento de Gibbons quedó sin registrar, pues justamente en ese instante apareció el primer balakiano.

A primera vista, el nativo se asemejaba a algo así como un pulpo arrugado, de color rosa, de un metro de alto y casi tanto de ancho, que caminaba columpiándose y dando saltitos como un hombre con muletas, porque sus tres cortas piernas se hallaban colocadas en una fila horizontal. Tenía cuatro brazos a cada lado, los inferiores para asir y sostener y los superiores para manipular. Hablando con propiedad, no tenía cabeza, pero sí una especie de cara, cerca del vértice del cuerpo, la que no se diferenciaba mucho de la de un sonriente y educado oriental.

No estaba armado, pero no quise correr ningún riesgo y, dejando caer mi caja de ejemplares, extraje rápidamente la pistola térmica que forma parte de todo equipo de operaciones E. S. El capitán Corelli, que estaba a punto de llamar al Curandero, quitó el pulgar del botón del comunicador y sacó su propia arma. Gibbons, como verdadero científico que es, se quedó con la boca abierta, demasiado interesado para alarmarse.

Entonces el balakiano habló, y Corelli y yo abrimos la boca más que Gibbons. Como dije anteriormente, Balak se halla más o menos a 20000 años luz de la Tierra, y, según suponíamos, éramos los primeros seres humanos que llegaban a estas regiones y también a algunos pársecs a la redonda.

—Por favor, no disparen, caballeros—nos dijo el nativo en idioma terrestre—. Mi nombre es Gaffa, y les aseguro que soy completamente amistoso.

Tengo que hacer justicia a Gibbons por la rapidez con que se recobró: antes de que Corelli y yo hubiésemos cerrado nuestras bocas, estaba hablando con el nativo, como si estos encuentros sucediesen en cada descenso planetario.

—Usted habla el idioma terrestre con fluidez—dijo Gibbons—; ¿o se trata de alguna especie de contacto telepático que crea la ilusión de comunicación oral?

El nativo sonrió complacido.

—El contacto es oral. Nos enseñó el idioma de ustedes un francoexplorador de planetas, llamado Haslop, que naufragó aquí hace algunos años.

En Explotaciones Solares se debe aprender a esperar lo inesperado; pero para mí esto sobrepasaba toda medida. Nuestra nave estaba equipada con la última palabra en mecanismo de impulsión transferencia-intervalo-cero y yo no podía creer que ningún aventurero planetario nos hubiese batido con equipos anticuados.

—¿Un terrestre? —pregunté—. ¿Dónde está?

—Aquí llega —dijo Gaffa— con mis compañeros.

Un par de docenas de balakianos, exactamente semejantes a Gaffa, se acercaban a nosotros por entre los arbustos enanos, y con ellos venían dos terrestres delgaduchos, vestidos con un holgado conjunto de camisa y calzoncillos, de evidente fabricación balakiana. Aun de lejos, los dos terrestres eran inquietantemente parecidos, y cuando se acercaron pude ver que se trataba de gemelos idénticos.

—Usted no cuenta muy bien, camarada —dije—. Yo veo dos terrestres.

—Solamente uno —corrigió Gaffa, sonriendo más ampliamente—. El otro es uno de los nuestros.

Por supuesto, ni Corelli ni yo lo creímos. Sus ojos tenían una mirada vidriosa, y sacudía la cabeza como si tuviese un mosquito en el oído.

Uno de los terrestres se lanzó hacia nosotros con lágrimas en los ojos y la garganta temblorosa, tan emocionado que tuve miedo de que nos besara.

—Yo soy Ira Haslop —dijo con voz alterada—. Estoy varado aquí desde hace veintidós eternos años; no pensaba ver *ya nunca más* una cara humana. Y ahora...

Se calló, pero no para tomar aliento. El otro terrestre lo había agarrado de un brazo y lo sacudía.

—¿Qué diablos estás haciendo, pesadilla enmascarada? —vociferó—. ¡Ira Haslop soy yo, y tú, maldito seas, lo sabes bien! Si piensas hacerte pasar por mí o ir a la Tierra en mi lugar...

El primer Haslop lo contempló un momento con la boca abierta; después alzó violentamente una mano y le sacudió un solemne puñetazo en la cara.

—Conque ese era tu juego, ¿eh? Para eso estos monstruos sonrientes te hicieron igual a mí y nos acollararon durante todos estos años... Planearon todo para hacer este cambio y enviarte a casa en mi lugar. Muy bien; ¡pues no lo conseguirán!

EL segundo Haslop se le fue encima. Parecían un par de tigres en calzoncillos, blasfemando y golpeándose mutuamente. Los sonrientes nativos los separaron después de un rato; los examinaron cuidadosamente, por si se habían lastimado, y se apartaron cuchicheando entre ellos en su propia lengua, con gran satisfacción.

Corelli, Gibbons y yo nos miramos como tres tontos. Era imposible que estos hombres fueran otra cosa que lo que parecían ser, dos terrestres perfectamente normales y completamente furiosos; pero cuando juraban que uno de ellos (el otro, naturalmente) era un extraño y los nativos apoyaban la acusación, ¿qué podíamos nosotros creer de semejante enigma?

Gaffa, que parecía ser un jefe, tomó la palabra y explicó aquella situación que tenía el aspecto de una increíble superchería de largo alcance, preparada por estos pulpos bromistas, sin que Haslop sospechara nada, para el día en que otra nave terrestre descendiera en Balak. Su sentido era, dijo Gaffa, presentarnos un problema que podía ser re-

suelto solamente por una especie con cabal conocimiento de los individuos que la componen. Si lo podíamos resolver, su pueblo estaba dispuesto para ayudarnos en todo lo posible, si no...

El asunto no me gustó nada, y por lo tanto busqué otra vez mi pistola térmica. Lo mismo hicieron el capitán Corelli y Gibbons, pero estuvimos muy lerdos. Un pequeño insecto con aguijón (otro eslabón en la cooperadora ecología balakiana) nos picó en la parte posterior del cuello y nos desvanecemos. Cuando despertamos, éramos «invitados» de Gaffa y su tribu, en una especie de poblado a kilómetros y kilómetros del E. S. 2100, y no teníamos más armas que el filo de las uñas.

Los nativos ni se habían molestado en atarnos o encerrarnos.

Nos encontrábamos en el centro de un patio circular rodeado por túmulos musgosos que parecían colmenas achatadas, pero que eran realmente moradas donde habitaban los balakianos.

Después supimos que los edificios habían sido construidos por enjambres de pequeños animalitos mineros, parecidos a las termitas, que los edificaron grano por grano de acuerdo con especificaciones bien determinadas. No puedo comenzar a explicar el principio sustentador de la armonía existente entre los seres vivos de Balak; simplemente existía, y parecía funcionar como una especie de hipersimpatía o intercomunicación telepática entre las distintas especies. Cada criatura de este planeta prestaba cierto servicio a alguna otra..., aun las plantas, que crecían comestibles y sin tejidos sensitivos, de manera que no se las dañaba al arrancarlas, y que desprendían nubes de polvo de esporas una vez por semana para provocar lluvias.

Y justamente, en la cúspide de esta utopía jerárquica, se encontraban los trípodos octómanos nativos, señores de todo.

Por supuesto, a ninguno de nosotros le interesó al principio esta maravilla ecológica. Cuando despertamos estuvimos muy ocupados planeando cómo escapar de la trampa en que habíamos caído.

— **E**L Curandero es nuestra única esperanza —dijo el capitán Corelli, y lanzó un suspiro ante este pensamiento—. Si ese idiota hipocondríaco tiene cerebro suficiente para esperar sin moverse, aún tenemos una oportunidad. Si lo agarran estamos perdidos.

El Curandero era una esperanza debilísima para apoyarse en ella.

Su nombre era Alvin Frick, pero nunca nadie lo llamó así. Tenía veintinueve años y jamás tuvo otro empleo en las naves del espacio que el de cuidador de los tanques hidropónicos, cargo que está apenas por encima del de un obrero manual. Era bajito, regordete e infeliz hasta más no poder, y el único hipocondríaco que conocí en esta edad moderna casi sin enfermedades. Rezongaba por los gérmenes que se reproducían en sus tanques reductores y vivía obsesionado a pesar de su permanente tratamiento de inmunización, pensando haber contraído alguna extraña enfermedad desconocida en cada planeta en que descendíamos. Se medicaba continuamente con mixturas entresacadas de un antiguo libro de medicina que había encontrado quién sabe dónde, y perdía la mayor parte de su tiempo libre pulverizando desinfectantes en su alojamiento y en sí mismo. Su manía tenía solamente un lado bueno: si él hubiese sido menos cuidadoso, los tanques hidropónicos, siendo lo que son, hubiesen apeestado como un establo y no como una farmacia.

Nunca tratamos de librarnos de él, porque nos hubiera podido tocar un cuidador de tanques aun peor; pero ahora comenzábamos a arrepentirnos de no haberlo hecho. Apenas empezábamos a imaginar modos y medios para esca-